

LOS DOLMENES DE ALAVA VISTOS POR UN VIAJERO ALEMAN A FINES DEL SIGLO XIX

Antonio Carreira

Cuando el ingenuo lector, deseoso de saber algo acerca de los relatos de viajes por España —tema del que ahora se habla y publica bastante—, se asoma a las bibliografías fundamentales de R. Foulché-Delbosc (1864-1929) (1) y Arturo Farinelli (1867-1947) (2), lo más probable es que sienta algo parecido al vértigo. Porque a los 858 libros descritos y localizados por el primero añade el segundo seguramente otros tantos —no es fácil de precisar dada la estructura “divagatoria” de su obra—, con multitud de datos complementarios y conjeturales acumulados a lo largo de cuarenta años de vagar “nelle biblioteche e negli archivi di mezzo mondo”. Bien es verdad que ambos eruditos incluyen en sus recuentos los relatos de viajes a Portugal, también hasta 1900; aun sin éstos, la cifra resultante debe de rebasar con holgura el millar, y las lenguas en que están escritos pasan a su vez de una docena. Si alguien empeñado en leerlos todos dispusiera de suficiente capacidad lingüística y tuviera las ediciones a su alcance (cosa nada sencilla), asimilando un par de libros por semana, tardaría más de diez años en satisfacer su capricho. Por si fueran poco estos obstáculos, falta la cuestión principal: ¿valdría la pena tanto esfuerzo? Quienes mejor conocen el asunto —Caro Baroja entre ellos— opinan que acaso no, pues en esos cientos de miles de páginas hay mucho tópico, mucha observación apresurada o carente de interés, a veces fantasía o frivolidad derivada de causas bien conocidas: bastantes viajeros pueden clasificarse, en términos de

(1) *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. *Revue Hispanique* III (1896); 349 pp.

(2) *Viajes por España y Portugal desde la edad media hasta el siglo XX*. *Divagaciones bibliográficas*. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1920; 511 pp. El vol. de *Suplemento* lo editó la misma institución en 1930; 565 pp. Ambos tomos fueron refundidos y ampliados en cuatro vols., los tres primeros publicados en vida de Farinelli por la Reale Accademia d'Italia, Roma (I y II, 1942; 351 y 415 pp. III, 1944; 607 pp.), y el cuarto (Apéndices e Índices), al cuidado de G. M. Bertini, por la Accademia Nazionale dei Lincei, Roma (1979; 221 pp.). J. Gárate escribió una necrología de Farinelli en *Eusko-Jakintza* III, 1949, pp. 285-287, y hace reparos y rectificaciones a su obra en “Una ojeada sobre relatos de viaje por Vasconia”, *Boletín Sancho el Sabio* XVII (1973), pp. 219-260.

M. Bataillon, como “globe-trotters qui s’improvisent écrivains” (3); unos registran experiencias nada representativas, otros las aderezan a su antojo, y pocos tienen noticia de lo dicho por sus antecesores, con lo que a la excesiva subjetividad o a la eventual ligereza se vienen a sumar enojosas repeticiones, en especial cuando los itinerarios coinciden, caso muy frecuente. Con todo —apunta Farinelli— “esas miserias y veleidades de juicio son compensadas por otros juicios a menudo originales, nuevos y sorprendentes, de espíritus menos distraídos y superficiales que se detienen a observar lo que ven y ponen sentimiento y amor en sus recuerdos” (4).

No se puede olvidar tampoco otra tarea llevada a cabo a principios de siglo por los colaboradores de la *Revue Hispanique* (E. Gigas, L. Pfandl, L. Barrau-Dihigo, etc.) estimulados por Foulché-Delbosc, quien además de la bibliografía mencionada impulsó o realizó (bajo distintos pseudónimos) estudios y ediciones de relatos de viaje que fueron saliendo en múltiples tomos de la revista (5). Fruto de estos desvelos puede considerarse la primera compilación de J. García Mercadal, *España vista por los extranjeros* (1917-1921) (6), así como varios trabajos de conjunto que facilitan la criba y orientan algo acerca de la masa de materiales ofrecidos en bruto por los bibliógrafos: el de J. J. A. Bertrand sobre viajeros románticos alemanes en España (1920) (7), el de C. Evangeline Farnham sobre viajeros americanos (1922) (8), el de J. Sarrailh sobre viajeros franceses del XVIII (1934) (9), el de H. Pérès sobre viajeros musulmanes (1937) (10), e incluso el de Ceferino Palencia sobre *España vista por los españoles* (1947) (11). Poco después aparece el primer tomo de los *Viajes de extranjeros por España y Portugal* (1952), también de J. García Mercadal, quien consagró un segundo tomo al s. XVII (1959) y un tercero al XVIII (1962), donde reúne un total de ochenta y tres autores en versión más o menos fidedigna (12).

(3) “Remarques sur la littérature de voyages”. En *Connaissance de l’Etranger. Mélanges offerts à la mémoire de Jean-Marie Carré*. París: Didier, 1964, p. 51.

(4) *Op. cit.*, I (1942), p. 34. Así pensaba Farinelli en 1940; en sus primeros trabajos, de 1898, sobre “esta moda detestable de las narraciones de viajes” (*ibid.*, p. 14), creía que nada se adelantaría “con la publicación de tan espantable cúmulo de recuerdos, con la repetición necia aburrida de cosas harto sabidas, de fantasías inútiles y de disparates” (*ibid.*, p. 9).

(5) Sobre todo, estos: IX, XVIII, XXIII, XXVIII, XXX, XXXII, XLVII, LIII, LVI, LIX, LXIII, LXIV, LXVII, LXVIII y LXIX.

(6) 3 vols., Madrid: Biblioteca Nueva. I. Relaciones de viajeros desde la edad más remota hasta el siglo XVI (1917; 294 pp.). II. Relaciones de viajeros y embajadores (siglo XVI) (1919; 295 pp.). III. Relaciones de viajeros y embajadores (siglo XVII) (1921; 269 pp.).

(7) *Bulletin Hispanique* XXII (1920), 37-50.

(8) *The Romanic Review* XIII (1922), pp. 44-64, 252-262 y 305-330.

(9) *Bull. Hispanique* XXXVI (1934) pp. 29-70.

(10) *L’Espagne vue par les voyageurs musulmans de 1610 à 1930*. París: Librairie d’Amérique et d’Orient, Adrien Maisonneuve, 1937; xxiii + 198 pp.

(11) México: Almendros y Vila, editores, 1947; 993 pp.

(12) Madrid: edit. Aguilar, 3 vols. de 1629, 1446 y 1750 pp.

En los últimos tiempos destacan obras igualmente útiles como la de Elena Fernández-Herr (1974) (13) o las dedicadas a viajeros ingleses por Ian Robertson (1975) (14), Patricia Shaw (1981) (15) o Miriam López-Burgos, Juan Antonio Díaz y Fernando Serrano (1984) (16). El más reciente es el de José Fernández Sánchez sobre *Viajeros rusos por la España del siglo XIX* (1985) (17).

Paralelamente a estas monografías se siguieron traduciendo viajeros famosos (Münzer, D'Aulnoy, Humboldt, Ford, Borrow, Davillier, Regnault, Verhaeren) o publicando nuevos textos (Du Pont de Nemours, 1961; P. Jaquet-Droz, 1982), al tiempo que se empezaban a despojar los relatos de cuanto pudiera interesar a una localidad o región determinada: viajes por Extremadura (1952), Salamanca (1953), Granada (1954 y 1982) Cataluña (1956), Murcia (1959-63), Málaga (1962; dos trabajos, uno de A. Gamir y otro de J. Caro Baroja), etc. Entre estos estudios globales por regiones quizá los más tempranos sean los concernientes al País Vasco, iniciados en la *RIEV* a principios de siglo, y seguidos en otras (*BSVAP*, *BIAEV*), o en libros desde 1942, por Justo Gárate, Fausto Arocena, José M.^a Iribarren, José Berruezo, Julio César Santoyo y Beatriz Monreal, entre otros (18). Tanto los estudios como los relatos originales figuran en la magna *Eusko Bibliographia* de Jon Bilbao (19), quien tuvo que ver cuantos volúmenes cita Farinelli sin referencia a su contenido, a fin de apreciar en qué medida afectan a Vasconia; los recogidos por Foulché-Delbosch con mención de itinerario por tierra vasca sumaban ya más de 150, sin contar quienes simplemente entran a España por Irún, de manera que la cifra será mucho más elevada. Después de explorar algunas colecciones de viajes —incluida la de J. Caro Baroja— hay que reconocer que pocos habrán escapado a la diligencia de Farinelli y, por consiguiente, de Jon Bilbao; un par de ellos, si acaso, podemos aportar, cuya ruta pasa por el País Vasco: *Souvenirs d'Espagne. Impressions de voyages et croquis*, de Jules Worms (París: Librairie

(13) *Les origines de l'Espagne romantique: les récits de voyage, 1755-1823*. París: Didier, 1974; 365 pp.

(14) *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855*. Madrid: Editora Nacional, 1975.

(15) *España vista por los ingleses del siglo XVII*. Madrid: SGEL, 1981.

(16) *Libros ingleses sobre España en 2 bibliotecas granadinas*. Univ. de Granada, 1984.

(17) Madrid: Ediciones El Museo Universal, 1985.

(18) Eneko MITXELENA (pseudónimo de J. GARATE): *Viajeros extranjeros por Vasconia*. Bs. Aires: Ekin, 1942. F. AROCENA: *El País Vasco visto desde fuera*. San Sebastián: Bibl. Vasc. de amigos del país, 1949. J. M. IRIBARREN: *Vitoria y los viajeros del siglo romántico*. Pubs. de la Caja de Ahorros de Vitoria, 1950. *Id.*: *Pamplona y los viajeros de otros siglos*. Inst. Príncipe de Viana, 1957. J. BERRUEZO: *Viajeros románticos en San Sebastián*, 1951. J. C. SANTOYO: *Viajeros por Alava. Siglos XV al XVIII*. Vitoria, 1972. *Id.*: *Dos Alemanes en Vasconia. Mayo de 1599*. Vitoria, 1972. *Id.* (En colaboración con Rosa María Sillaurren y José Miguel Santamaría): *Viajeros ingleses del siglo XIX*. Vitoria, 1978. Beatriz MONREAL: *Guipúzcoa en escritores y viajeros*. Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, 1983.

(19) *Enciclopedia general ilustrada del País Vasco*. Cuerpo C: *Eusko Bibliographia*. San Sebastián: edit. Auñamendi, Estornés Lasa Hnos., 8 vols. (1978), más otros dos de *Supplementum* (1980-81).

H. Floury, 1906; 165 pp. in 4.º. Narra viajes hechos en la segunda mitad del s. XIX) (20), e *Impressions of a Wanderer in Italy, Switzerland, France and Spain*, de Adolphus Trollope, Esq. (Author of "A Summer in Brittany", etc. London: Henry Colburn, publ., 1850; viii + 408 pp.). De este hay ejemplar en Itzea (IB 2/4) y en la Biblioteca Nacional (1/16058).

Otro libro que también existe en ambas bibliotecas, y del que Farinelli da escuetamente autor, título y año (*op. cit.*, I, ed. 1920, p. 450; III, ed. 1944, p. 563), es el que va a ocuparnos hoy: se trata de *In Northern Spain*, obra de Hans Friedrich Gadow, que tiene poco en común con la superficial literatura de viajes que prolifera en la época victoriana (21). J. Caro Baroja señaló su interés a Concha Casado y al autor de estas líneas cuando preparaban *Viajeros por León*, donde ocupa lugar preponderante (22); en 1986 verá la luz la traducción española, a la que pertenece este capítulo, el XVI, que cuenta las andanzas de Gadow por tierras de Alava en busca de monumentos megalíticos.

He aquí una breve semblanza del autor. Nació en Schlawe, pequeño pueblo a orillas del Wipper, regencia de Köslin (Pomerania), en 1855. Después de estudiar Ciencias Naturales en Berlín y Jena se doctora en 1878. Dos años más tarde va a Inglaterra como profesor de Zoología, primero en el British Museum, luego en Cambridge, donde se casa y permanece hasta su muerte en 1928. Además del libro que comentamos, publicó otro también de viajes por el sur de México (1908). Dentro de su especialidad se le debe el vol. VIII de la *Cambridge Natural History (Amphibia and Reptiles)* y diversos artículos, uno de ellos sobre la fauna del NW español (*Zoologische Jahrbücher* VII, 1893), luego incorporado al cap. XVIII de su relato.

Gadow debió de venir a la península varias veces, a juzgar por alusiones que hace a hechos y amistades no comprendidas en su ruta. Probablemente estuvo primero en Portugal, donde se familiarizó con la bibliografía y los idiomas hispanos. Sin embargo prefirió elaborar su libro con las notas de sólo dos viajes por las provincias norteñas menos trilladas, y algo del N. de Portugal como trasfondo: el mayor espacio lo ocupa Cantabria (más de cinco capítulos), seguida por León (más de cuatro), Galicia (uno largo), Asturias y Alava. El XIII, dedicado a los vaqueiros, y el XIV, sobre los pasiegos, son

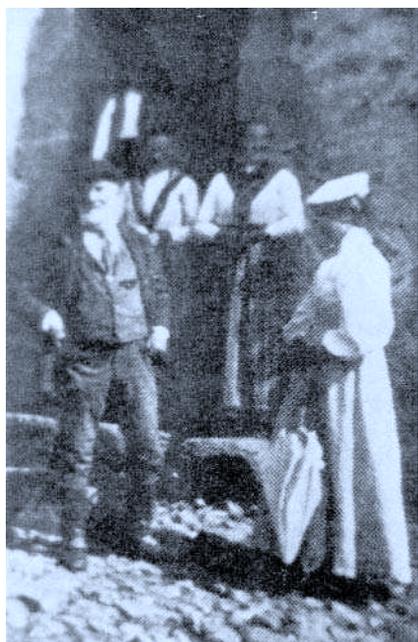
(20) Hemos dado más noticias sobre este libro y su autor en *Astura (Nuevos cartafueyos d'Asturies)*, 5 (1986).

(21) London: Adam and Charles Black, 1897; xvi + 421 pp. + 1 mapa, 13 ilustraciones fuera y 77 dentro del texto. J. Bilbao indica dos reseñas, una anónima en *Geographical Journal* XI (1898), p. 544, sin mayor interés, y otra en *Revista Critica de Historia y Literatura Españolas*, II (1897), pp. 289-291, donde el vascólogo inglés rev. Wentworth Webster ya previene contra las audacias del libro en temas etnológicos y lingüísticos, y amonesta al Dr. Gadow con la sabia cita de Plinio: *ne sutor ultra crepidam*.

(22) León: Santiago García, editor, 1985. Cf. reseñas de M.ª Soledad Carrasco Urgoiti en la *Revista de Dialectología y Tradiciones populares* XL (1985) 282-287. y José Ares Montes en *Revista de Occidente* n.º 56 (enero 1986), pp. 136-138.

resúmenes muy concisos de escritos ajenos. El XV describe carros y formas de uncir los bueyes. El XVII es una síntesis de Historia de España con especial atención a la zona norte, desde la antigüedad hasta la regencia de M.^a Cristina de Austria. Ya se ha mencionado el XVIII, que estudia la fauna de las mismas regiones, mientras que el último, el XIX, estudia la flora. Tras él viene un apéndice con notas etimológicas acerca de topónimos, hidrónimos, fitónimos, utensilios domésticos, atuendos, etc. Y antes del índice de materias y lugares hay aún una lista de obras de referencia donde figuran autores notables como E. Hübner, W. v. Humboldt, Jovellanos, López Ferreiro, Madoz, Sautuola, Unamuno y M. Willkomm. Gadow, además de sabio naturalista, es hombre de amplísima curiosidad, que tiene buen cuidado de documentarse e informarse antes de dar un paso: aparte de venir provisto de cartas que movilizaron altas instancias en su favor, hizo algún amigo ilustre, como el botánico D. Blas Lázaro e Ibiza, y supo, en las aldeas más remotas, dirigirse a la persona más idónea (el cura, generalmente) para obtener información o ayuda. Su sensibilidad es asimismo excepcional para el arte y los paisajes, aunque en sus apreciaciones puede haber mayor influencia de su esposa y acompañante, Clara Maud, cuyos dibujos ilustran el libro. Gadow, en fin, es también un apasionado de la caza, afición que tiene ocasión de practicar en diferentes distritos de montaña, junto con la espeleología, la arqueología y la recolección de todo tipo de especímenes. Al igual que otros científicos como M. Willkomm o L. Holtz, sabe muy bien a qué viene, por dónde debe ir, hasta lo que puede encontrar, y su formidable cultura lo hace creerse capaz de emitir juicios acerca de todo cuanto llega a su noticia. Si la obsesión de R. Ford era ver huellas orientales en todo lo español, la de Gadow será encontrar vestigios germánicos, suevos concretamente, en cosas hasta entonces inexplicadas o explicadas de otra manera. Aunque la Suabia queda muy al sur de su territorio natal, es bien sabido que los suevos fueron una denominación genérica para varios pueblos inquietos que en algún momento se extendieron hasta el mar Báltico, al que Tácito denomina *Mare Suevicum*; nada de extraño tendría que Gadow los considerase sus antepasados. Como quiera que sea, esta es la versión de su texto sobre Alava, en cuyos nombres vascos respetamos la ortografía, naturalmente inactual, aunque no los errores, en la medida que hemos podido detectarlos (23). La única nota del autor se designa con (G.); las restantes son del traductor.

(23) Errores o erratas graves como Prun por Iruña, Zurinica por Guernica, Durango por Durana, y otros menudos como Suazo, Cataziano o Arrichinaga. Gadow podía haber dicho prudentemente lo que R. Ford, basado en Estrabón, Pomponio Mela y demás autoridades: “We too protest against being held responsible for the spelling or meaning of any Basque word which we may be compelled to use” (*Handbook for travellers in Spain...*, ed. I. Robertson, London 1966, III. p. 1374).



Hans y Clara Gadow en Taharrio (Cantabria).



Melquiades y Florencia Angulo en la estación de Zuazo. La figura del fondo parece Mrs. Gadow.



Túmulo cerca de Zuazo.

VISITA A LOS DOLMENES DE ALAVA [circa 1895]

Habíamos leído y oído hablar acerca de dólmenes en las provincias Vascongadas, y hallándonos en el bullicio y ajetreo del gran Bilbao, nos detuvimos sólo lo necesario para recabar alguna información de los amables empleados del Instituto de Minas, que por su actividad agrimensora tenían, naturalmente, buen conocimiento de la comarca. Más aún, pudieron decirnos cómo deberíamos indagar entre los campesinos. Hasta entonces nuestras pesquisas en torno a dólmenes, cromlechs, taulas (24) y sepulcros antiguos habían sido infructuosas, así como las fieles representaciones gráficas de dólmenes galeses; varias veces habíamos emprendido una inútil búsqueda de algo que resultaba ser una cueva o un montón natural de pedruscos. Aquí habría que preguntar por las *sepulturas de los gentiles* (25), o *casas de brujas*.

Cogimos el tren hasta Zuazo, una estación entre Bilbao y Miranda de Ebro. Desde las colinas, ricas en mineral de hierro, que circundan Bilbao, el ferrocarril remonta el río Nervión hasta su fuente cerca de Orduña, pueblo sito en un alto valle rodeado por montes del período cretácico superior; éstos, con Sierra Salvada, Peña Gorbea, Sierras de Arlabán y Aralar, forman el enlace entre la Cordillera Cantábrica y la continuación de los Pirineos cerca de Roncesvalles —lugar célebre por el legendario socorro de Roldán a Carlomagno derrotado por los vascos.

En Orduña el tren vuelve de nuevo hacia el norte y comienza la subida a la meseta y divisoria de aguas, que se alcanza cerca de Lezama, y allí, después de una pronunciada curva de más de doce millas, parece que se está exactamente en el mismo sitio, aunque 700 pies más arriba. Los bordes del valle se encuentran cubiertos de encinas y robles albares (26), castaños y hayas; los castaños desaparecen, y las encinas escasean a medida que la meseta, a unos 1.800 pies sobre el nivel del mar, se puebla de hayas, helechos, brezos, espinos y clemátides. Entonces comienza el descenso, y la línea férrea sigue el valle de Cuartango, regado por el Bayas, un riachuelo pronto convertido en río, que se une al caudaloso Ebro cerca de Miranda. *Ibaya* significa río en vasco. En Zuazo el río entra en un desfiladero, ahora llamado La Techa, corrupción de *atecha*, término vasco que significa garganta. Hay otra *Athecha* (*sic*) algo al este del pueblo de Roncesvalles.

Zuazo es un pueblo con un balneario y su correspondiente posada de ciertas pretensiones, pero el cochero del cura, que nos recogió amablemente,

(24) *Taulas*: no hemos encontrado equivalente mejor para el término inglés *stone-table*.

(25) *Jentilbaratzak*. Sin embargo, este nombre no figura entre las catorce denominaciones vascas del dolmen que cita J. M. de BARANDIARAN (*Historia general del País Vasco*, I, San Sebastián 1980, p. 202).

(26) Gadow emplea la expresión *stone-oak*, inusitada en inglés, que parece calco del latín *quercus petrea*, o del alemán *Steineiehe*. Aunque lo identifica con el *aritz* vasco, T. de Aranzadi define a este como *quercus pedunculata* en nota a su trad. del *Viaje* de Humboldt (San Sebastián, 1975), pp. 154-5.

nos dijo que el cocinero se había marchado aquel mismo día y que el establecimiento cerraría a la mañana siguiente, por ser el 1.º de octubre el fin de la temporada. Tuvimos la suerte de conseguir alojamiento junto a la carretera en una pequeña posada regida por un tal Melquiades Angulo y su hija Florencia.

Después de tomarnos las medidas, Angulo tranquilamente nos dio la bienvenida y dijo que podría instalarnos siempre que nos contentásemos con una pequeña habitación y comida sencilla. La casa era muy limpia y la gente aún más atractiva; aunque vascos, hablaban castellano, pues la lengua vasca había casi desaparecido de la provincia de Alava, excepto en algún remoto pueblo de las montañas (27).

La diferencia entre los vascos y los demás españoles es notable tanto física como mentalmente. Los vascos son sanos, sosegados y hacendosos, poco habladores pero cumplidores de sus promesas. Otros españoles los creen hoscos, pues son de pocas palabras, bastante enojadizos si se les contradice gratuitamente o por llevarles la contraria, y no toleran tonterías. Mientras que en las provincias limítrofes cualquier campesino, hombre, mujer o niño, acostumbra a saludar con una frase cortés, el incesante *buenos días, buenas tardes, vayan ustedes con Dios*, etc., que a la larga resulta monótono y poco significativo, los vascos prescinden de saludos. En lugar de muchas venias al encontrarse con un antiguo patrón, en cuya mina o en cuyo establecimiento han trabajado acaso durante años, y de preguntarle, según es usual, por su salud y la de cada miembro de la familia, los vascos pasan al lado sin una palabra (28); el anterior asunto ha terminado, pero no verían inconveniente en firmar nuevo contrato. Dondequiera que haya, en una típica población española, una posada o un hotel a cargo de un vasco, esa es la casa que se debe buscar; no sólo estará más limpia y ordenada, sino que nueve de cada diez dueños dejarán sus cosas por servir a su huésped. En cierto modo se encuentran en situación favorable, por sentirse forasteros en su lugar, sin integrarse apenas con los nativos.

Después de la cena, que nos sirvieron en una habitación superior junto a la nuestra, el hostelero nos pidió permiso para cenar allí él con un amigo, lejos del bullicio del comedor ordinario, situado en la planta baja y lleno de obreros y gentes que habían vuelto del mercado. Aquella era una excelente ocasión para obtener información local, y cuando oyó que andábamos en busca de *sepulturas* y viejos monumentos de piedra, asintió y dijo: “Los llevaré a vdes. mañana; hay más de los que creen. Usted les da un nombre divertido.

(27) La frontera lingüística al N. de Alava concuerda con la establecida por P. Broca y L. L. Bonaparte a mediados del XIX; cf. CARO BAROJA: *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* (Salamanca, 1946), pp. 11-16 y mapas I y II.

(28) Sobre la rudeza de modales de los vascos cf. Ford, *op. cit.*, ed. cit., p. 1369, donde les llama “better born than bred”.

Déjeme ver, dol-..., dol-..., hay algo en la palabra que indica piedra; nosotros decimos *mendi* en euskara; ¿*dolmendi*? No, usted les llama *dólmenes*.” Por fortuna, nuestro huésped resultó ser el mismo hombre que había acompañado a algunos arqueólogos españoles al descubrirse los monumentos en cuestión durante el tendido de la vía férrea (29).

Entonces la conversación derivó a otras materias. Les dijimos que habíamos visto a su joven rey en San Sebastián, donde tomaba baños con la reina regente, y cómo parecía un chico listo. Esto nos llevó a hablar de política. En el fondo, los campesinos vascos son todos carlistas, aunque sólo en un sentido no siempre claro. Se llaman a sí mismos *carlistas* no a causa de don Carlos, que nunca tuvo muchos admiradores, sino a falta de nombre mejor. Si hay alguna forma de gobierno que odien, es la república. Quieren un rey, pero auténtico, *un rey absoluto*, no alicortado por una constitución y un parlamento. Y ahí radica la clave del secreto. Las Cortes, sean los partidos monárquico o republicano, conservador o liberal, o los socialistas de cerebro hirsuto (30), son esencialmente españolas, y el elemento vasco estará siempre en minoría.

Los vascos, pastores en las montañas o pescadores en la costa (fueron balleneros famosos en la Edad Media), han poseído siempre un indomable espíritu de libertad. Pompeyo, en el año 74 a. C., fundó la ciudad de Pompeyópolis, la actual Pamplona, que los vascos han modificado en Iruña; pero los vascones, como se les llamaba, no fueron sometidos, sino que se los mantuvo tranquilos, incluso cuando se acabó de sojuzgar a los últimos cántabros turbulentos, ya en época de Augusto. Las provincias vascongadas han permanecido, y en cierta medida permanecen, como las únicas de España donde la lengua romance apenas hace progresos. Resistieron contra suevos y visigodos, según el clérigo historiador Gregorio de Tours, hasta que hacia el año 580 Leovigildo los derrotó y aplastó por completo, y condujo una gran porción del pueblo vascófono al sur de Francia, donde aún perviven como los gascones. En conmemoración de esta hazaña, los visigodos fundaron Victoriacum, la actual Vitoria (31), una plaza tan bien elegida por razones estratégicas, que todavía es, o era hasta hace pocos años, cuartel general del *Ejército del Norte*, contra posibles disturbios. Los árabes y los moros nunca penetraron en las provincias vascongadas sino que las evitaron, incluso cuando se adentraron en Francia hasta Poitiers.

Los condes se hicieron poderosos, y hacia el año 720 los territorios vascos se consolidaron en el reino de Navarra, que, tras muchas escisiones y vicisitudes, acabó por ser parte del reino de España.

(29) Uno de esos arqueólogos debió de ser Ladislao de Velasco; otros quizá Julián Apraiz y Ricardo Becerro de Bengoa. Cf. Jesús Elósegui Irazusta, “Catálogo dolménico del País Vasco”, *Pirineos* pp. 28-30 (1935) pp. 229-378.

(30) Gadow usa un neologismo de sentido poco claro: *hair-brained*.

(31) Como era de esperar, Gadow se inclina por la hipótesis más “germánica” y menos probable acerca del origen de Vitoria. Cf. J. CARO, “Alava en los orígenes de la historia vasca”, *Historia general del País Vasco*, cit., II, pp. 379-380.

En 1394 se instituyeron los famosos *fueros* (del latín *forum*) o asambleas para aplicar sus leyes. Cada provincia tenía su propio *fuero*; el de Vizcaya se reunía bajo el viejo roble de Guernica, cerca de Durango; el de Alava en el llano de Arriaga, junto a Vitoria, también al aire libre; pero el de Guipúzcoa se reunía en poblado. Dichos *fueros*, que dieron a los vascos absoluta autonomía, funcionaron sin interrupción durante 400 años hasta que en 1805 se les pusieron ciertos límites. Al año siguiente de su abolición por las Cortes en 1832, los vascos se rebelaron contra la constitución recién promulgada, y como consecuencia se restauraron los *fueros*. La última vez fue en 1844, aunque no se los respetó en su integridad. Mientras tanto el gobierno español, sobre todo gracias a los esfuerzos de Espartero, había suprimido los aranceles de importación y exportación vigentes no sólo entre éstas y otras provincias de España, sino también entre las mismas provincias vascongadas. Los *fueros* desaparecieron finalmente en 1876 después de la última guerra carlista. Los vascos están ahora sujetos al servicio militar; no hay derechos aduaneros que los separen del resto del país; se rigen por el mismo código civil y criminal, pero han retenido cierta autonomía administrativa en las cuatro provincias, así como abundantes franquicias comerciales.

Como la amenaza de servicio militar mostró ser una de las razones principales de la revuelta, parece verdad la frecuente observación de que los vascos han luchado siempre por su derecho a no tener que luchar.

Una prueba de que la causa carlista era consideración bastante secundaria la ofrece Bilbao, el lugar que finalmente don Carlos intentó por todos los medios convertir en su capital. Bilbao (32) nunca unió mucho su suerte a la de los carlistas y las provincias vascongadas. Fue sitiado dos veces por ellos —en 1836 por el famoso Zumalacárregui, y en 1873. Como la ciudad, a pesar de su débil guarnición, se mantuvo heroicamente fiel al gobierno, sin llegar a ser tomada, ostenta el honorable título de *la invicta*. En los veinte últimos años el comercio ha hecho avances enormes en estas provincias, pero afectan sólo a las minas y a las ciudades. El corazón del campesinado ama todavía el símbolo de las tres manos unidas con el lema *irurac bat* = tres son una (33), con referencia a las tres provincias, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava. Y la gente aún resume su credo político en las palabras: Dios, patria y rey —grito que no es precisamente el que uno esperaría en el llamado semillero de la revolución.

Físicamente los vascos pertenecen a la mitad más alta de la gente española; la talla del soldado vasco es, por término medio, de 1,625 metros, como la

(32) *Belvao* [*sic*], en pronunciación vasca, fue construido en el 1300 en el asiento de la antigua Flavióbriga, y recibió el nombre de *bellum vadum* = hermoso paso, de donde viene *bilbaum* y *bilbao*; los nativos se llaman bilbaínos (G.). (Por supuesto, a pesar de la opinión de Gadow, tanto la etimología de *Bilbao* como la situación de Flavióbriga siguen siendo enigmáticas).

(33) Así, en la ed. original del *Handbook* de Ford (ed. cit. III 1366). Gadow declara en p. 242 haber traído consigo esa guía, que dedica al País Vasco toda la sección XII (46 pp. en la ed. de Robertson).

del leonés, mientras que el catalán es apreciablemente más alto, con una media de 1,636; los asturianos y los andaluces son algo más bajos, sin llegar a 1,62; luego siguen los castellanos del centro, y por último los gallegos, quienes, con una media de 1,600, son los más bajos de todos.

Los vascos no presentan un tipo uniforme. Estadísticamente se ha averiguado que alrededor de un 40 % tienen ojos azules y un 20 % castaños. Los de ojos azules suelen ser de pelo rubio o rubio claro y liso, cabeza alargada, nariz grande y bien formada. Su andar es erguido, y sus hombros cuadrados, aunque el cuello no es corto; los muslos, fuertes. El tipo, muy común en Vizcaya y Alava, se extiende a Aragón. Guipúzcoa contiene mezclas; la gente es quizá algo más baja y morena, y de cabeza más redonda, es decir, más parecida a los vascofranceses, que en su mayoría poseen ojos castaños y cabeza redonda, con cabello oscuro y ligeramente rizado.

No hace falta decir que existen mezclas de estos dos tipos, ni mencionar los castellanos de ciudad, con cara estrecha y alargada, y brazos también largos. Las mediciones de cráneos, y nada más que de cráneos, hechas en hospitales de ciudades como San Sebastián o San Juan de Luz, carecen de valor y sólo sirven para embrollar el asunto.

¿Cuáles son, pues, los rasgos más característicos de la población vascoespañola? Indudablemente aquellos que, sin ser universales, se encuentran sobre todo allí, mientras que son raros en las provincias vecinas: esos se reconocen como peculiares con la mayor facilidad. Los españoles suelen considerar inconfundible al *tipo vasco*, y es cierto que los vascos solitarios de las provincias de Santander y León mostraban gran semejanza ante nuestros ojos inexpertos, y se diferenciaban de la mayoría circundante hasta casi hacernos creer que podríamos dibujar de memoria sus caras y cabezas; pero después de permanecer en tierra vasca, aquella imagen se disipó en seguida, tapada por los trazos individuales. Esa es una experiencia bien conocida. Los escasos chinos o japoneses que vemos en Europa nos parecen imposibles de distinguir uno de otro, como también las ovejas de un rebaño que, sin embargo, el pastor y su perro distinguen perfectamente.

Volvamos ahora al *tipo vasco*. La frente ancha y cuadrada (con arcos supraorbitales no fuertes necesariamente), sobresale y ensombrece los ojos hundidos; la cara, o más bien el entrecejo, muestra una expresión seria, como si la persona padeciese jaqueca o dolor de sienes. Los huesos de la mejilla son anchos, y la mitad inferior de la cara se estrecha rápidamente hacia la barbilla puntiaguda. Tal cara o cabeza es con frecuencia enérgica, pero no dura (34).

(34) Ya algún viajero contemporáneo de Gadow se muestra muy escéptico en torno a estos datos de antropología física de los vascos: Cf. *Taureaux et mantilles. Souvenirs du voyage en Espagne de MM Lesouëf & De Rosny*, par León Prunol, I (París, 1882), pp. 20-23 (libro, por otra parte, cuyo único interés reside en las ilustraciones y el alarde tipográfico de la 1.^a edic.). Una perspectiva actual puede verse en J. ARANZADI: *Milenarismo vasco* (Madrid, 1981), pp. 432-440.

Las *sepulturas de los gentiles* están situadas unas dos o tres millas al norte de Zuazo, cerca de la vía férrea, y al oeste de los pueblos de Catadiano y Tortura. Se encuentran en medio de una cuenca cerrada al oeste por montes altos y abruptos, como una gran trampa a la que da entrada por el norte un desfiladero en la Sierra de Anda, y por el sur la llamada Techa o Angostura antes mencionada. Las tumbas no son dólmenes propiamente dichos, sino que pertenecen al tipo de largas madrigueras, túmulos de tierra que contienen cámaras funerarias construidas con losas (35). Varias fueron abiertas hace años por los propietarios de las tierras, que vivían en Anda. Buscaban tesoros que nunca aparecieron, y los escasos útiles de metal encontrados se han perdido. Los que hicieron la exploración, un hombre con su hijo, han muerto.

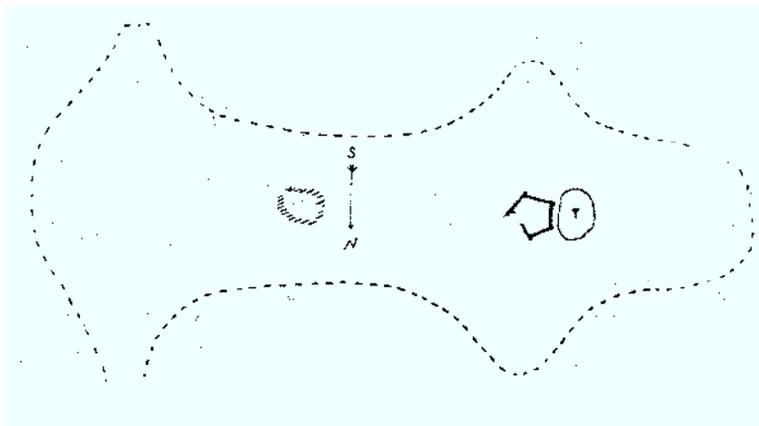
El número de túmulos es considerable; unos son mayores que otros; todos orientan su eje longitudinal de este a oeste (36); algunos se encuentran agrupados, y otros aislados del resto. El situado más al sur queda a media hora de camino del principal campo de enterramientos. Uno de los más grandes mide unas 30 yardas de largo por 8 de ancho en el medio, y alza su cima lisa 10 pies sobre el suelo; se compone de siete lajas de piedra, seis de las cuales forman las paredes verticales, tienen de 6 a 18 pulgadas de espesor, y permanecen, salvo una, en su posición original. La cubierta es una gran lastra, ahora retirada, de dos pies de grueso, con forma de cuadrilátero irregular de 6 pies por 8. Todas estas piedras son de mármol negro extraído una o dos millas al norte de Anda. Esta tumba contiene esqueletos cuyos huesos han sido amontonados y muchos rotos recientemente; pertenecieron al menos a cuatro personas, una de ellas mujer.

El túmulo entero debe haber sido originariamente mucho más alto que ahora, a juzgar por la cantidad de tierra que forma cuatro brazos en proyección desde el nivel del suelo y desde un sitio correspondiente en el lado este, donde se había excavado un hoyo profundo.

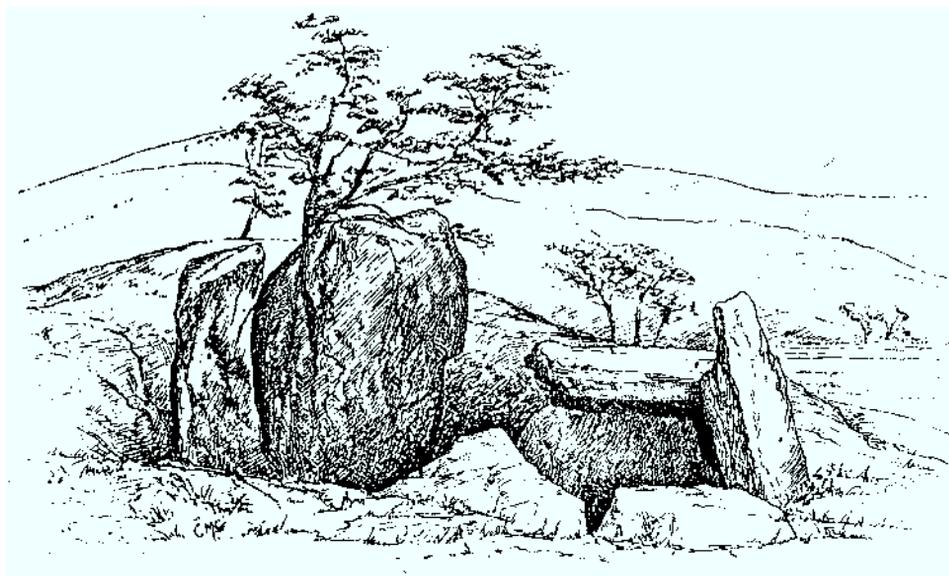
La mayoría de los otros túmulos miden ahora apenas de 6 a 8 pies de alto. Uno de ellos, de unas 17 yardas de longitud por 9 de ancho, contiene dos grupos de cámaras en piedra, y habrá albergado gran número de cuerpos, ya que pueden recogerse fácilmente cestos llenos de huesos rotos junto a las bocas, cuyos bordes van siendo invadidos poco a poco por el arado.

(35) Los túmulos a que se refiere Gadow llevan los números 5 al 8 en el catálogo de J. ELOSEGUI, quien anota que "las citas del siglo XIX sobre estos dólmenes de Cuartango son desgraciadamente poco detalladas en cuanto a localización de los monumentos" (*Pirineos*, vol. cit., p. 237). Estos corresponden a los núms. 9, 10, 8 y 7 de BARANDIARAN, quien exploró tres más en la misma zona (Gibijo). Cf. *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires: Ekin, 1953, pp. 193-194.

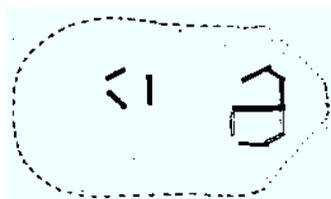
(36) BARANDIARAN explica esta orientación del dolmen, y la posición de los cadáveres en su interior, como indicios de culto solar (*El hombre prehistórico...*, p. 158).



Plano del túmulo descrito en p. 15. T = cubierta.



Túmulo y sepulcro cerca de Zuazo.



Plano de las cámaras funerarias de piedra en un túmulo.

Muchas de estas tumbas, de las que al menos veinte se encuentran intactas mientras que otras están medio allanadas por la labranza, se disponen en series paralelas orientadas de este a oeste, al igual que los mismos túmulos.

No hay tradición alguna relacionada con ellas, y la historia también guarda silencio. No obstante, podemos asignar con cierta probabilidad tiempo y circunstancias a estas sepulturas, pues eso son y nada más que eso. Cada una contiene no un cuerpo sino varios, con frecuencia muchos; no fueron construidas apresisa sino con cuidado, siguiendo un plan; no constituyen un cementerio circunscrito, antes se extienden por el campo, algunas a considerable distancia del resto. Esas condiciones apuntan a una batalla y a túmulos erigidos por los vencedores. Cualquiera que inspeccione esta anchurosa porción del valle, dotada, como una trampa, de un desfiladero en cada extremo, convendrá en que parece un campo ideal para una batalla.

Pero ¿entre qué combatientes? Los vencedores no fueron desde luego los vascos, que no tenían por costumbre enterrar así a sus muertos en la edad del bronce (37); y cerca de Vitoria, donde se dice que Leovigildo derrotó a los vascos, no existen tumbas semejantes. Tampoco los visigodos han dejado tras ellos estos túmulos, aunque reinaron en la península durante varios siglos. En romanos o árabes no cabe pensar. Quedan sólo los celtas, que penetraron en esta parte del país unos 500 años a. C., o los suevos, que irrumpieron en España casi mil años después. El estado de conservación de los huesos es tal, que no puede asignárseles una edad de 2.400 años; en cambio se aviene con una edad de 1.500 años. Los suevos pueden por tanto ser responsables de estas tumbas, sobre todo porque los “Reihengraeber” (38) son típicos de la llamada era de la migración en masa; Reihengraeber que datan de hacia el siglo quinto son extremadamente comunes en Suabia y pueden rastrearse hacia el oeste a través de Francia, e incluso parece que cuando estos pueblos fueron cristianizados, abandonaron tales enterramientos. Es curioso que un pueblo, a vista de este campo de batalla, se llame Tortura, mientras que Echávarri, Anda y Catadiano son tan puramente vascos.

Junto a Vitoria, entre los pueblos de Betoño y Durana, hay dos túmulos y cada uno encierra un dolmen similar al de Eguílaz, cuya descripción se dará luego. Lo más interesante de esos dos dólmenes es que poseen nombre propio: el mayor se llama Capelamendi y el otro Euscalmendi (39).

(37) Precisamente de esa edad se supone que son los dólmenes que a Gadow se le antojan mucho más modernos. Cf. BARANDIARAN, *ap. Historia general del País Vasco*, cit., I, p. 201-210.

(38) Sepulcros en serie.

(39) Ambos dólmenes han desaparecido en la actualidad, según J. ELOSEGUI (*op. cit.*, núms. 3 y 4; 26 y 27 de BARANDIARAN). Gadow, quizá inducido por Becerro de Bengoa, altera el nombre de Eskalmendi en Euskalmendi, y la etimología de ambas palabras. Por otra parte, en el cap. siguiente, insiste, con mayor convicción, en que los celtas no construyeron dólmenes, y que es una coincidencia que también existan en los tres países principales donde se asentaron

El Sr. Becerro de Bengoa, de Vitoria, exploró este último en 1879 y encontró en él gran número de esqueletos dispuestos en tres series separadas por pequeñas losas. Los arqueólogos españoles creen que los dólmenes son construcciones celtas, y el sr. Becerro considera sus nombres, junto con el interior de los dólmenes, como prueba irrefutable de que allí se libró una batalla entre los victoriosos celtas y los vencidos vascos, cada uno de los cuales enterró luego a sus muertos en túmulos aparte. Ha traducido Euscalmendi con bastante precisión como “túmulo de los vascos”, y Capelamendi como “túmulo de los celtas”. Acerca del significado de *mendi* no hay dudas: *men*, *mendi* o *mendia* es una de las muchas palabras que en vasco significan piedra, cerro o elevación, y es probable que esta palabra, o al menos *men*, haya sido tomada del vascuence por los celtas; pero descomponer *mendi* en el celta *men-di* (en galés *maen du* = piedra negra, y por tanto *monte sepulcral*) es llevar las cosas algo lejos en el intento de probar el origen celta del nombre. Que Capel pueda significar Gaël o Celta tampoco deja de ser dudoso, aunque es posible. En el abrupto espolón meridional de la Sierra de Arlabán, tres millas al este de Salvatierra, frente al pueblo de Eguílaz, hay una torre alta y solitaria construida con piedras sin tallar. Se llama Capeldui (40), y se supone que significa *alto Celta*.

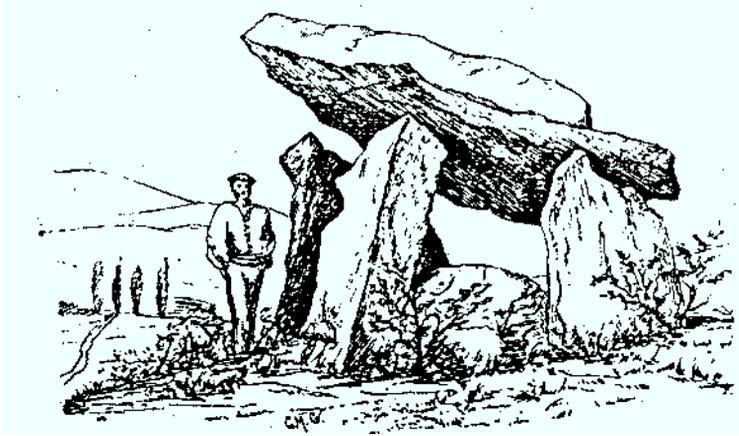
Salvatierra es un pueblo pequeño y agradable, situado en un altozano, en medio de una amplia llanada por la que fluye el Zadorra, tributario del Ebro. Este llano es un campo de batalla notorio, debido a su posición entre dos largas hileras de montañas que se extienden de levante a poniente. Dos de las batallas que aquí se dieron son históricas: primero la derrota de los vascos por Leovigildo; segundo, la última batalla librada en España por Sir Arthur Wellesley, algo al suroeste de Vitoria. Otros hechos bélicos vienen indicados por la multitud de túmulos y dólmenes, aunque no hayan encontrado historiador que los transmitiese a la posteridad.

Algo más de una milla al sur de Salvatierra queda un dolmen grande y hermoso llamado *el dolmen de Arrizala* por los arqueólogos españoles, y según varios de ellos se lo conoce localmente con el término vasco de Sorgineche, o casa de las brujas. La palabra es interesante pues los vascos no creen o no creían en brujas (41) y han tomado del francés la noción y el término, ya que *sorgin* es una corrupción de *sorcier*. No se habla ya mucho vasco en Salvatie-

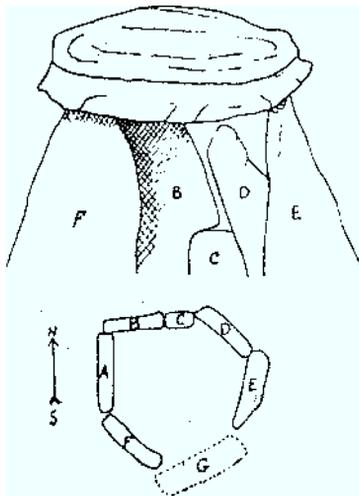
(Inglaterra, Francia y España). A continuación expone su teoría, basada en el libro de Hans MEYER *Die Insel Tenerife*, publicado en Leipzig un año antes, acerca de la comunidad etnolingüística entre guanches, bereberes y vascos.

(40) El nombre coincide con el Kapilduy (montes de Iturrieta), al SW de Salvatierra. Más abajo se aclara que esta torre se encuentra en el Aratz.

(41) Aunque los estudios más importantes sobre el tema son posteriores a su libro, Gadow aquí se muestra especialmente mal informado. Una ojeada al índice de la *Historia crítica* de J. A. LLORENTE (1817-18) o de los *Heterodoxos* de MENENDEZ PELAYO (1880-81) hubiera bastado para no incurrir en tan aventurada afirmación. (Cf. CARO BAROJA, *Estudios vascos*, V: *Brujería vasca*, San Sebastián, 1975).



El dolmen de Arrízala, junto a Salvatierra, lado oeste.



Lado sur y plano del dolmen de Arrízala.

ARMAYIAPVTSIMA

rra, cuyo nombre significa tierra ganada o litigada, y así sucedió que nuestras frecuentes preguntas por *sorgineche* obtuvieron como respuesta: *no hay de esos aquí*, hasta que el jefe de estación nos puso en camino.

El dolmen *la casita de las brujas* está bastante solitario en un campo de suave pendiente, y tiene bellas proporciones. Cinco grandes bloques y losas, una de las cuales ha caído y cierra el lado sur, sostienen una enorme piedra de pie y medio de gruesa, que está inclinada, con el extremo superior a diez pies del suelo. Las pesadas lajas de piedra y los bloques sin labrar proceden de las laderas de la Sierra de Anda.

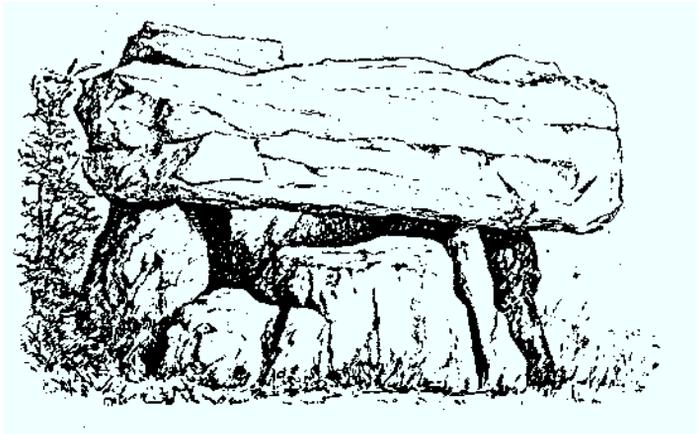
En las proximidades hay restos de otros dos dólmenes, uno de ellos algo más elevado, hacia el suroeste (42). Varios túmulos que resaltan en los campos de suave declive son muy atractivos. Su altura es difícil de calcular —pueden ser 30 ó 50 pies— a causa de la circunferencia de su base, que se va haciendo insensiblemente campo cultivado a medida que el arado pasa por sus cimas o cerca. De hecho son túmulos ingentes, pero no se puede cuestionar su carácter artificial dada su forma y posición en un valle amplio de origen cretácico. Los montículos naturales o cerros arenosos debidos a la acción glaciár quedan descartados, así como la hipótesis del jefe de estación, para quien los montículos son pequeños volcanes. Hay varios túmulos más en este valle, un poco al este de Eguílaz, algunos más sorprendentes e igual de visibles que los mayores del llano de Salisbury. Una exploración sería no resultará difícil, siempre que a los dueños de la tierra se los indemnice y aplaque con promesa de darles parte en los tesoros encontrados.

Al otro día de mañana seguimos la carretera que va paralela a la vía férrea de Alsasua, en busca del dolmen de Eguílaz. Nos habían dicho que no tenía pérdida, a unos cientos de yardas del extremo oeste del pueblo, cerca de la carretera y a mano izquierda. Eguílaz está sólo a tres millas de Salvatierra. Caminamos, pues, pero excepto unos grandes túmulos hacia el sur, casi lindando con el pueblo, no vimos nada, y fue inútil preguntar a los labriegos con que topamos. Entonces nos dirigimos al cura.

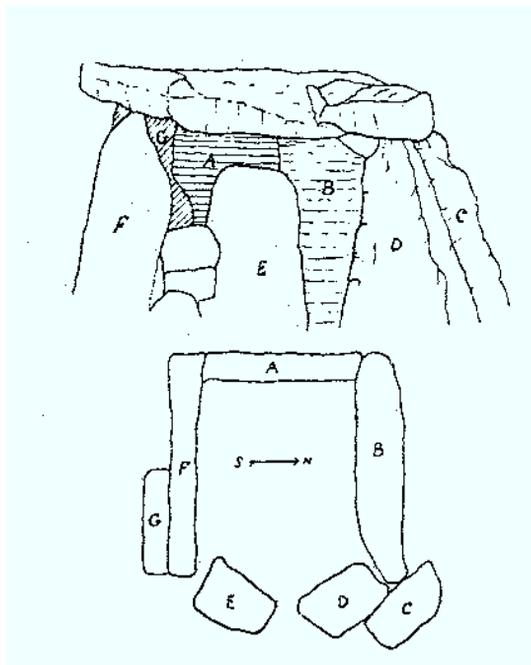
Ante todo nos llevó a su casa, para guarecernos de la lluvia. En la viga que sirve de dintel hay una inscripción en letras de hierro de tres pulgadas de largo: “Ave María purísima”. Las dos erres de distinta forma son bastante inusitadas. El viejo cura nos condujo al túmulo y dolmen, por el que habíamos pasado a una docena de yardas, junto a la carretera que allí hace algo de cuesta. El túmulo se encuentra exactamente en la divisoria de aguas del Zadorra y el Arga, dos pequeños afluentes del Ebro, de los que el último corre en dirección este, hacia Pamplona (43). El túmulo es circular, con un

(42) El dolmen de Arrízala, descubierto en 1831, es el 29 del catálogo de BARANDIARAN, y el 2 de ELOSEGUI IRAZUSTA, quien menciona otras cuatro enormes losas 77 pasos al N. y 140 al SSW, pero no los túmulos que parecen evidentes a Gadow en las proximidades.

(43) Claro es que no se trata aún del Arga sino del Araya, subafluente de aquél, que, en efecto, nace como el Zadorra, cerca de Salvatierra y corre en sentido contrario.



El dolmen de Eguílaz, lado oeste.



Lado este y plano del dolmen de Eguílaz.

diámetro de unos 150 pies. Por el lado este se alza bruscamente hasta siete pies sobre el suelo y luego sube aún otros seis u ocho hacia el medio. Por el oeste se diluye en el pegujal circundante. El centro contiene el dolmen, cuya lastra superior queda a unos tres pies por debajo de la cima del conjunto.

Nadie había advertido nada de particular en el montículo (aunque se le había puesto una cruz de piedra en el borde sur) hasta que al construirse la carretera, hace unos setenta años, los obreros vieron a un perro que escarbaba en la guarida de una rata o de un conejo. Uno de los hombres volvió de noche, ensanchó el agujero, se deslizó por él y apareció muerto, aplastado por una de las piedras. Esta *desgracia* o accidente hizo explorar la estructura, que guardaba “dos esqueletos y varios útiles de cierto metal”. Más tarde se llevó a cabo una excavación en regla. El dolmen en sí fue dejado al aire, y resultó estar lleno, hasta una altura de cinco pies, con esqueletos humanos, dos puntas de lanza y una lezna de cobre.

Ahora todo el imponente dolmen está a la vista, sumido, por supuesto, en el túmulo que lo rodea como un muro de tierra (44). La cima del dolmen queda a nivel del suelo; el bloque superior estaba originalmente cubierto por tierra de varios pies de espesor.

El interior del dolmen es casi cuadrado, con una anchura de seis o siete pies, e igual altura. Su eje mayor se orienta estrictamente de este a oeste. Las paredes norte, oeste y sur están formadas por sendos bloques enormes; el del norte es de arenisca amarilla (de 10 a 12 pies de largo por 8 de alto y 2 de espesor), traído desde el monte Araz, donde se halla la torre Capeldui. La piedra sur mide de 12 a 14 pies de largo por 9 de alto; parte de ella esta rota. El lado este lo obturan dos pilares de 9 pies de alto por 2 de espesor, con un vano o entrada de 18 pulgadas entre ambos. Un pilar semejante está adosado por fuera a la esquina nordeste. La parte superior se cierra con una inmensa lastra que mide al menos 12 pies por 8, con espesor de 1,5 a 2,5 pies, además de otra gran pieza que descansa sobre la esquina nordeste y que debe de ser la parte que servía de albardilla y se rompió.

LISTA DE DOLMENES Y SIMILARES RESTOS PREHISTÓRICOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL

1. Dolmen de Eguílaz.
2. Dolmen de Salvatierra.
3. Euskalmendi y Capelamendi, de Vitoria.

(44) El dolmen Aitzkomendi es quizá el más célebre del País Vasco y el de más fácil acceso. Lleva el n.º 28 en el catálogo de BARANDIARAN, y el 1 en el de J. ELOSEGUI, que da medidas, hallazgos y bibliografía pertinente, como en los otros.

4. Sepulturas de los gentiles, cerca de Zuazo.
5. Un túmulo en Cangas de Onís, sobre el que se ha erigido una ermita.
6. Varios dólmenes cerca de Betanzos. Otros probables en diversas partes del norte y oeste de Galicia.
7. Numerosos dólmenes en Monte de Barbanza.
8. Cerca de Carracedo, al oeste de Braganza; según Vilhena Barboza, no es un dolmen sino una “mámoa” (45). El mismo autor menciona un dolmen en el Monte da Pedreira, cerca de Pombeiro.
9. Dolmen del Monte de Polvoreira, junto a Caldas de Vizella.
10. Dolmen próximo a Vizeu.
11. “Anta” de Penalva, entre Vizeu y Celorico.
12. Dolmen cercano a Celorico.
13. Dolmen cercano a Guarda.
14. Dolmen cercano a Sabugal.
15. Dolmen cercano a Vila Velha de Rodão, al norte del Tajo y al este de Abrantes.
16. Dolmen cerca de Nisa, al sur del Tajo.
17. Dolmen cerca de Crato.
18. Dólmenes numerosos junto a Castelo de Vide.
19. Dolmen cercano a Valencia de Alcántara.
20. “Casas hechas de grandes piedras”, con útiles de piedra pulimentada, junto al río de Garrovillas, al sur del Tajo.
21. Cercanías de Bótoa.
22. Múltiples “sacelos” o “anta?” junto a Talavera, al este de Badajoz, con abundantes utensilios de piedra.
23. Dolmen cerca de Barbacena.
24. Dolmen cerca de Arraiolos, al NNW de Evora.
25. Dolmen al sur de Evora, entre Evora y Aguiar; otro entre Evora y Vendas de Duque.

(45) *Mámoa* “alude a la forma redondeada, como derivada del diminutivo latino de *mammula*, *mamma*, que tienen tales monumentos” (F. LOPEZ CUEVILLAS y F. BOUZA BREY: “La civilización neoeolítica gallega”, *Archivo español del arte y arqueología* n.º 19, 1931, p. 41). Es decir, se trata de un túmulo y no de un dolmen exento.

26. Dolmen entre las estaciones de Pegões y Vendas Novas.
27. Dolmen en la Sierra de Cintra.
28. Las grandes cámaras funerarias en piedra cerca de Antequera, llamadas Cueva de Menga.
29. Varios dólmenes en el distrito de Guadix. Uno próximo a Gor se llama “Sepultura grande”, otro cercano a Fonelas, “Casa de la Cruz del Tío Cogolleros”.

Hay sin duda muchos más dólmenes que permanecen ignorados, mientras que otros han sido destruidos (46). Tales monumentos suelen descubrirse por accidente, aunque los nativos pueden saber de su existencia. Por otra parte, algunos lugares se cree erróneamente que poseen dólmenes y menhires. Por ejemplo, la iglesia de San Miguel, en el pueblo de Arrechinaga, provincia de Vizcaya, se dice que contiene un dolmen, pero en realidad se construyó para ocultar una gran roca vertical. Esta puede haber sido adorada en tiempos paganos, lo que probablemente motivó la erección de la iglesia, pero todo ello no significa que la piedra sea un monumento artificial (47).

Por encima de Pajares hay un conjunto natural de piedras amontonadas en forma de cabaña rústica, único ejemplo de posible dolmen en aquellas montañas, según el cura.

Una “taula” muy famosa, e incluso reproducida, es la de Peña Labra o Abra, uno de los picos más altos de la Cordillera Cantábrica, a 6.400 pies sobre el nivel del mar, al oeste de Reinoso. Los dólmenes no se construían en altas montañas; al contrario, están siempre en llanos o cerca de ellos; esta chocante masa de piedras es un grupo natural de rocas desprendidas, con una mayor encima, de unos 22 pies de largo.

En el mismo distrito, cerca de Boariza (48), hay dos rocas oscilantes, *la grande y la chica*, en realidad *roches perchées* o *roches moutonnées*, que no son raras en zonas montañosas donde existieron glaciares.

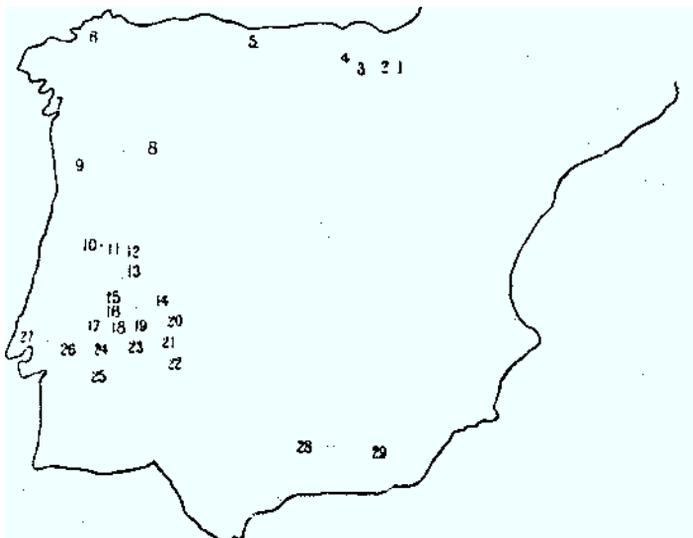
(46) Los catálogos de BARANDIARAN y ELOSEGUI que se vienen citando registran respectivamente 290 y 340 dólmenes sólo en el País Vasco. H. OBERMAIER, L. PERICOT y A. GARCIA BELLIDO dan mapas de distribución dolménica en España y Europa en su obra *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* (Madrid, 1963, 8.ª ed.), p. 201.

(47) Según la *Gran Enciclopedia Vasca, s. u.*, la iglesia de San Miguel de Arrechinaga (Marquina-Jemein) se construyó sobre las ruinas de una antigua ermita en 1735, incluyendo tres moles de cuarzo que se sostienen entre sí y forman tres grutas, en dos de las cuales se erigieron altares a San Miguel y a Santa Polonia (cf. dibujo, *ibid.*, p. 582). También habla de ella HUMBOLDT (*op. y trad. cit.*, p. 89).

(48) Se refiere al monte comunal Boariza y Cuesta, perteneciente a Fontibre (Hermandad de Campóo de Suso).

No se conocen dólmenes en las siguientes provincias: Gerona (49), Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante, Murcia, Lérida, Huesca, Navarra (excepto tal vez al oeste de Pamplona), Logroño, Soria, Zaragoza, Teruel, Guadalajara, Cuenca, Albacete, Ciudad Real, Toledo, Madrid, Avila, Segovia, Valladolid, Burgos, Palencia, León, Huelva, y la mayor parte de Andalucía.

Al este de Treviño (sur de Vitoria) esta la cueva de Marquínez, con dibujos prehistóricos parietales muy peculiares. Aún más notable es la cueva de Altamira, en la costa oeste de Santander, cerca de Santillana. Las pinturas de sus paredes, y varios objetos hallados en esta gruta han sido descritos por E. Harlé en *Matériaux pour l'histoire primitive de l'homme*, vol. XVI.



(49) En tiempos del viaje de Gadow apenas se hablaba de dólmenes en España; muy poco después comenzaron las investigaciones sistemáticas. Por poner un solo ejemplo, relacionado con el País Vasco, ya en 1912 publicó Manuel CAZURRO *Los monumentos megalíticos de la provincia de Gerona* (Madrid: Centro de Estudios Históricos), ilustrado con 36 excelentes láminas, un mapa, croquis y descripciones detalladas, donde se catalogan 38 dólmenes y 22 menhires en aquella provincia. Posteriormente L. PERICOT, tras los hallazgos de Aragón, ha podido afirmar que la cultura eneolítica del País Vasco forma un todo con la altoaragonesa y catalana (*Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona 1950, 2.^a ed., p. 105). En cuanto a las excavaciones de Vasconia es bien conocida la labor de ARANZADI, BARANDIARAN y EGUAREN a partir de 1916, y la constitución de Ikvksa en 1921. Una vez más cf. la *Eusko Bibliographia* de J. BILBAO, I, pp. 296-7.